

ALGUNOS ELEMENTOS QUE INCIDEN EN ESTE DEBATE

Por el prof. GENARO GODOY

Con una periodicidad que no es todo lo frecuente que sería de desear, se agita el problema de una reforma de la enseñanza de la historia en los liceos de la República, sin que, a nuestro parecer, se logre definir el verdadero sentido del problema. Porque hay un problema que se manifiesta, por una parte, en el escaso interés que los alumnos sienten por el estudio de la historia, especialmente en sus etapas más antiguas, y, por otra, en la escasa y débil permanencia de la historia en el acervo cultural del hombre medio. Las soluciones aparentes, y que con mayor evidencia se presentan a la atención de quien reflexiona sobre estos dos hechos, son: la enseñanza de la historia es inútil en estos tiempos de gran desarrollo de la técnica, por ser materia esencialmente intelectual, carente de certeza y sin vinculaciones en la práctica —la nueva Dios-Razón de los nuevos iluministas; y en segundo lugar, la materia es excesivamente amplia y conviene reducirla, o limitar su enseñanza.

Decir que ambas soluciones son totalmente erróneas sería agregar un nuevo error al debate. Conviene, entonces, ver cuánto hay de verdad en cada una de ellas, y ver, también, cuál es el inconveniente verdadero y realmente existente en los programas y en la manera de tratarlos en la actualidad.

Según nuestro modo de ver, la enseñanza y el estudio de la historia deben dejar de lado, y definitivamente, todo aquello que signifique propender únicamente al conocimiento erudito del pasado, y debe dedicarse principalmente a preparar al hombre al conocimiento íntimo y fundamentado del mundo en que vive y de sus problemas. Estos problemas son

hoy, de manera muy especial, los problemas políticos, sociales y económicos, que nadie puede ni debe ignorar, por ser la vida misma la que llama constantemente a tomar posición y a definirse ante ellos. El hombre debe con este fin tomar conciencia de su pasado, esto es, del pasado de su pueblo y de la humanidad, del cómo y por qué ha llegado a ser lo que es. Con este fin es indispensable hacer en los datos que nos entrega la tradición una selección, lo que implica una preferencia, y que, para no ser arbitraria debe tener un sentido. De esta manera se produce el enlace vital entre el pasado que es nuestra tradición, y el sentido de la historia, que debe ser nuestro futuro, nuestro cometido y nuestra responsabilidad. La enseñanza de la historia debe inculcar en el joven alumno la idea de que no hay creaciones definitivas ni permanentes en la historia, y de que aquellos pueblos que creen posible clavar para siempre la rueda de la historia pagan este error con su muerte total y definitiva. La historia concebida no ya como inerte recuerdo sino como acción, es la creación constante que el hombre hace de mejores formas de vida, de mejores formas de convivencia con sus semejantes, y el esfuerzo por situarse frente al mundo en una actitud más conveniente a su dignidad de hombre. Debemos quitarle para siempre a la clase de historia ese aspecto empolvado de museo de cosas olvidadas e inútiles que hay que saber únicamente porque están allí, en el museo. Hay que hacer sentir al niño la presencia viva en todas las etapas de la historia de ese factor decisivo que es el hombre, con su destino superior al de todos los demás seres animados de la tierra, con la

responsabilidad de hacer frente a la carga de ese destino y de ser digno de él.

De aquí se desprende que lo más importante en el estudio de la historia no es el pasado sino el presente, que es el manantial y la fuente de agua viva de nuestro futuro. Según sea el presente que elijamos, así será nuestro futuro: esa es la lección de la historia. La historia no da soluciones hechas ni verdades inconcusas; nos da, solamente, la verdad del hombre y de su pasado.

¿Dónde está ese pasado? Si le hemos de responder al niño que ese pasado está en los libros o en las cosas y los restos del pasado, la respuesta del niño será su desinterés. Y, nótese bien, esta respuesta no depende de su naturaleza infantil y de su carencia de información. También un filósofo respondería de igual manera, o un verdadero historiador, si tuviera forzosamente que entenderla así. El interés del niño, como el del político o del filósofo, no puede venir más que de una constatación y de un interés insuprimible en el hombre, y que nace de su misma condición humana: la esperanza o el temor del futuro, y la seguridad de que en el futuro habrá de mirar hacia el pasado, su presente de hoy, como aquello que condicionó en forma definitiva su ser histórico. Es esta esperanza del futuro la que puede suscitar en el niño el deseo de conocer mejor su mundo de hoy, el mundo en que le tocó vivir por una sola vez, en una experiencia que no habrá de repetirse jamás. Esta es la ansiedad y la profunda responsabilidad que el mensaje cristiano ha inculcado en el hombre moderno y que lo diferencia del antiguo y del oriental. Decirle al niño que la importancia del pueblo hebreo consiste únicamente en que fue el primer pueblo en tener una religión monoteísta es decirle algo que no llega totalmente hasta

el fondo de su ser y que, después de todo, no responde por entero a la verdad. La importancia del pueblo hebreo y su mensaje para la posteridad consisten en que fue el primer pueblo de la historia en concebir precisamente su propia historia como el respeto de una tradición sagrada y como una misión ineludible que cumplir en el futuro, en vivir su vida en espera de ese futuro y para ese futuro. Esa forma categórica e imperativa de concebir la historia es el legado más grande del hebraísmo al cristianismo, y nosotros debemos aceptarlo, debemos convertir nuestra propia historia en historia sagrada, en respeto de nuestra tradición y en esfuerzo de construcción de nuestro futuro. Debemos esforzarnos por comprender y por hacer comprender a nuestros alumnos que es el hombre el que ha construido con su propio esfuerzo su historia, y que será el sentido que él dé a su esfuerzo presente el que habrá de condicionar en forma ineludible su futuro.

Si como ciudadanos del mundo en general, y como ciudadanos de Chile, en forma particular y concreta estamos empeñados en inculcar en nuestro discípulo el sentido de la dignidad y del respeto que se debe al trabajo como única fuente de la grandeza de los pueblos, debemos mostrarles de qué manera la historia es la demostración actual y positiva de que ha sido el trabajo del hombre el constructor de la historia, y que la grandeza de los pueblos no se ha asentado jamás sobre base de miseria, sino sobre su prosperidad y su riqueza, y que las grandes creaciones del derecho y de la llamada cultura son posibles únicamente en aquellas naciones que han dado previamente a sus componentes un nivel de vida libre de la miseria y del miedo.